

América Latina ante el subliberalismo

Arocena, Rodrigo

Rodrigo Arocena: Investigador y ensayista uruguayo. Doctor en matemáticas y en estudios del desarrollo. Profesor en la Universidad de la República (Montevideo) y militante político.

América Latina se ve sacudida por los debates y las luchas que genera el proyecto neoliberal, suerte de remodelación global del continente hoy en curso, de aplicación a tambor batiente. Para analizar perspectivas y alternativas, quizás lo primero a remarcar es que este «paquete» de medidas, impulsado fundamentalmente por organismos crediticios internacionales, no merece el nombre de neoliberalismo.

Algo hay de nuevo en estas recetas, si se las compara con las que el FMI empezó a difundir en la región durante los años 50; ante todo, porque los objetivos prioritarios de las terapias que se diseñaron en los 80 son el de permitir que los países latinoamericanos cumplan con los servicios de la deuda y el de forzarlos a que lo hagan. Pero en conjunto se trata de un programa viejo, ya en desuso en las áreas dinámicas de la economía mundial.

Las recomendaciones que nos llegan de las metrópolis van a contrapelo de lo que allí se hace. Demasiado conocidos son algunos ejemplos impactantes: el inmenso déficit fiscal de EEUU y sus subsidios a la agricultura, la política agrícola toda de la CE, la verdadera persecución que reserva Japón a los que pretenden venderle arroz. También contrasta netamente con el neoliberalismo que se nos endilga el accionar de los Estados de los países altamente desarrollados en campos menos notorios, pero acaso más importantes, pues tienen que ver con las claves del futuro. Así por ejemplo, pese a sus diferencias de orientación, los gobiernos de los países miembros de la CE, y la Comunidad como tal, llevan adelante activas políticas de impulso al desarrollo científico y tecnológico, a la interacción entre los centros de investigación y la industria, a la transferencia de tecnología y a su demanda, a las pequeñas empresas innovadoras, al desarrollo regional. En estos terrenos, como en varios otros, no se deja todo librado al supuesto libre juego del mercado.

Así, mientras las políticas públicas para la innovación constituyen un cometido central de todo Estado moderno, la imagen de la modernización que se nos propone es muy otra: «este modelo está destinado exclusivamente a la exportación para los países del Tercer Mundo, pues los países desarrollados aplican políticas proteccionistas y sus Estados intervienen de diversas maneras en el diseño de políticas económicas, comerciales, financieras, mientras para nosotros se pregona la libertad absoluta del mercado. En realidad, tendríamos que hablar de un modelo subliberal destinado a los países subdesarrollados»¹. La región parece condenada a una celebración de los 500 años de «el descubrimiento» en la cual, otra vez, vidrios de colores le serán presentados como la quintaesencia de la modernidad.

La fuerza del subliberalismo

Los hechos no precisan descripción pues a diario desbordan los medios de información. La privatización radical y la retirada del Estado del área social agravan la miseria masiva y llegan a desencadenar explosiones populares. Pero también es cierto que, en distintos puntos del continente, adalides del subliberalismo ganan elecciones, e incluso vuelven a ganarlas. ¿Por qué?

Conviene ante todo recordar que los males de América Latina no se reducen al paquete neoliberal, ni empiezan con él. No fue su aplicación lo que fundió a Venezuela sino un estatismo con discurso populista y práctica ineficiente, desplegado por elencos cortos de miras y largos de dedos, cuya gestión consagró la pérdida de una oportunidad histórica difícilmente repetible. Los ejemplos podrían multiplicarse: la crisis en la que se encuentran sumidos Perú o Brasil al terminar los 80 no puede simplemente cargarse al prontuario del neoliberalismo.

Una comparación entre lo que sucede en una y otra margen del Río de la Plata puede ser sugerente. En Argentina, el fracaso de la política económica más o menos heterodoxa del partido radical desembocó en la hiperinflación, provocó graves sufrimientos a la población, impuso la finalización anticipada de la presidencia de Raúl Alfonsín y dejó a su sucesor con una oposición muy debilitada por delante. Así, la traición al mensaje preelectoral, las costosas privatizaciones, la estabilización con mayor miseria y la corrupción sin parangón, que constituyen el haber del menemismo, no lo han dejado sin victorias en los sucesivos comicios: la única alternativa real carga con el peso de un estrepitoso y reciente fracaso. En Uruguay, por el contrario, el gobierno de Luis Alberto Lacalle lleva adelante una gestión privati-

¹«Más allá del desaliento, hay un país que nace», documento de militantes del Frente Amplio, Montevideo, julio de 1991.

zadora mucho más tímida y menos cuestionable éticamente que la de Carlos Menem, pero se hunde en las encuestas, donde crecen alternativas opositoras que no soportan el lastre que agobia al radicalismo argentino.

Cada vez que fracasa en el continente una heterodoxia (y van ...) aumenta la resignación. Mayor se hace el descreimiento en la existencia de verdaderas opciones ante el subliberalismo. Esa es la razón primera de su fuerza. Los vientos de la historia soplan hoy a su favor: la crisis del Estado, el derrumbe del mundo soviético y la decadencia del tercermundismo ayudan a presentar al neoliberalismo como el libreto del futuro.

Con una década perdida a sus espaldas, extenuada por la repetición de los ajustes, nuestra región siente que pierde pie en el escenario internacional a la hora de la redistribución de roles. Está viviendo quizás «una larga espera», como aquella que según Tulio Halperín Donghi² precedió al «surgimiento del orden neocolonial» en las décadas finales del siglo pasado. Hoy como ayer, las luces del imperio brillan lejanas. Y crece la prisa por arrimarse a ellas entre quienes no están dispuestos al esfuerzo de buscar fuentes alternativas y propias de iluminación, únicas empero capaces de aclarar el panorama.

Entre la desesperanza de los marginados, la desilusión de los militantes y el deslumbramiento de los cipayos, el subliberalismo parece encarnar - él y sólo él - la modernización de América Latina.

La decadencia de la democracia

Es en ese contexto de perspectivas limitadas que la trabajosa democratización latinoamericana de los 80 parece encontrar sus límites. En Argentina, Aldo Rico y sus compinches motineros consiguen un apoyo electoral no desdeñable, otorgado a los nostálgicos del golpismo por muchos de los que más sufrieron a causa de la política económica de la dictadura. En la tragedia de Venezuela, son numerosos los desposeídos que arriesgan el pellejo para corear su apoyo a golpistas de los que una cosa al menos es segura: si llegaran a triunfar, su incapacidad para resolver las urgencias sociales sólo se vería superada por la prepotencia con la que procurarían disimularla.

²En su Historia contemporánea de América Latina, Alianza Editorial, Madrid, 1969.

La modernización más bien espuria que encarna el subliberalismo incrementa la marginalidad y la despolitización, con lo que despeja el camino a los manipuladores de la política

La democracia se ve corroída por la marginación. Una modernización restringida a ciertas ciudades - y a menudo más de fachada que de sustancia - acelera lo que hace más de veinte años E.F. Schumacher denominaba «un proceso de envenenamiento mutuo», a través del cual un cierto desarrollo urbano desestructura económicamente a las zonas restantes, las que «se toman la revancha con la migración masiva a las ciudades, envenenándolas y haciéndolas imposibles de administrar»³. A los muchos que cargan con la peor parte de tal proceso, las elecciones reconquistadas les ofrecen perspectivas menguadas, en las que resulta difícil reconocer siquiera los ecos de las esperanzas desplegadas en ocasión de las grandes movilizaciones que jalonaron algunas de las trayectorias democratizadoras.

El descreimiento en la política es una profecía que se cumple a sí misma, pues el desinterés que provoca deja el campo libre a lo peor de la política. Sin una opinión crítica y atenta, la competencia electoral tiene lugar a nivel de la propaganda superficial, donde no sólo las ofertas sino también las preferencias tienden a variar erráticamente. «El poder electoral es en sí la garantía mecánica de la democracia - afirma Giovanni Sartori - pero las condiciones bajo las cuales el ciudadano obtiene la información y está expuesto a las presiones de los fabricantes de opinión son las que constituyen la garantía sustantiva»⁴. Aquí se juega pues el destino de la democracia.

La modernización más bien espuria que encarna el subliberalismo incrementa la marginalidad y la despolitización, con lo que despeja el camino a los manipuladores de la política. Parafraseando a Schumacher, cabría decir que los marginados y manipulados se toman la revancha a través del inmediatez de sus opciones, de la volubilidad de las mismas y de su escaso apego a las instituciones republicanas, todo lo cual dificulta aún más la gestión eficiente de la cosa pública. Es el proceso de envenenamiento de la democracia.

³ E. F. Schumacher: Lo pequeño es hermoso, Ed. Hermann Blume, 1978, p. 146.

⁴G. Sartori: Teoría de la democracia 1. El debate contemporáneo, Alianza Universidad, Madrid, 1988, p. 117.

La renovación de la política

Por cierto, la decadencia de la política, y con ello de la democracia, no es fenómeno propio de Latinoamérica o del Tercer Mundo. En el ex-Segundo Mundo, los protagonismos dominantes tras el derrumbe del modelo soviético son los de múltiples nacionalismos enceguecidos, que hacen girar rápidamente hacia atrás la rueda de la historia. Y el Primer Mundo, que con la guerra del Golfo escenificó su desfile de triunfo, ve tambalear liderazgos, aflorar corrupciones y desdibujar proyectos, mientras el individualismo, el racismo y el miedo envenenan la vida de los ricos de la Tierra. En cierto sentido, tal panorama está reflejando la primacía del liberalismo sobre la democracia. Aquí se hace imperioso prevenir malentendidos: habiéndonos esforzado por distinguir el subliberalismo del neoliberalismo, corresponde rechazar también cualquier identificación de este último con el liberalismo a secas. Más precisamente, el cuestionamiento a las opciones económicas y sociales sustentadas en el culto del mercado y la primacía del individualismo no debe opacar la contribución histórica del liberalismo en materia de libertades y garantías ante los abusos del poder. Pero tampoco puede identificarse al liberalismo con la democracia.

Citemos una vez más a alguien insospechable de antipatía por las corrientes liberales. «En última instancia, en la igualdad late una pulsión horizontal y en la libertad, un ímpetu vertical. A la democracia le preocupa la cohesión social y la igualdad distributiva, mientras que el liberalismo valora la eminencia y la espontaneidad. La igualdad desea integrar y sintonizar la libertad es autoafirmativa y problemática. Pero quizás la diferencia fundamental estriba en que el liberalismo gira en torno al individuo, en tanto que la democracia lo hace en torno a la sociedad». En el terreno de los hechos, «el liberalismo es ante todo la técnica de limitar el poder del Estado, y la democracia, la inserción del poder popular en el Estado»⁵.

Precisamente, las urgencias de nuestra región - pero no sólo de ella - surgen del desdibujamiento del espacio de lo público, de la inserción decreciente de los poderes populares en el Estado, del desgarramiento del tejido social. Necesitamos dotar de nuevos ímpetus e incluso de nuevos contenidos a la democracia, vale decir, a los plurales y siempre provisionales esfuerzos colectivos por profundizar y extender la democratización. El descreimiento de la política es difícil que no se amplifique en descreimiento de lo colectivo. Así se va despejando el terreno para la mercantilización integral de las relaciones sociales. Por ende, a menos que se abra camino una profunda renovación de la política, la década perdida de América Latina será seguida por la consolidación del orden subliberal hoy en ciernes.

⁵ G. Sartori: Teoría de la democracia 2. Los problemas clásicos, Alianza Universidad, 1988, p. 469.

Los escasos elementos que para tamaña tarea se ofrecen al presente desde otras áreas del planeta templan el propósito de buscar claves alternativas en las tendencias profundas de la dinámica histórica del continente. Según Alain Touraine, existe «un modelo general de acción sociopolítica» específicamente latinoamericano. El mismo difiere del de los países centrales del Occidente, el cual se define por «el carácter fundamental, infraestructural, de las relaciones y de los conflictos y movimientos sociales». Difere también del modelo comunista en el que «el Partido Estado es el actor central y no hay separación de lo social, lo político y lo estatal». Es distinto asimismo del «nacionalismo comunitario de gran parte del Tercer Mundo»; particularmente «en África, y más aún en el conjunto del mundo islámico, se mantiene un principio cultural o religioso de unidad de toda la vida social». Por el contrario, «en América Latina, existe una interdependencia entre lo social, lo político y lo estatal, que significa, a la vez, una autonomía relativa de cada sector de acción colectiva y la imposibilidad de definir uno de ellos independientemente de sus relaciones con los demás». Un «modelo de cambio histórico, el desarrollo dependiente», habría dado lugar «a un tipo específico de vinculación entre Estado, sistema político y factores sociales»⁶.

Este enfoque de Touraine sustenta ciertas afirmaciones suyas que nos parecen relevantes para el tema que nos ocupa. En primer lugar: «Existe un modelo latinoamericano definido por la interdependencia estructural de tres tipos de categorías relacionadas con la industrialización, la dependencia y la modernización». Además, este modelo «no tiene ningún principio o eje central, combina - sin integrarlas totalmente varias dimensiones y componentes de la acción social»⁷. En particular, «las grandes creaciones de la sociedad latinoamericana no son movimientos sociales sino formas de intervención política»⁸.

En la perspectiva reseñada, la decadencia de la política resulta especialmente grave en América Latina, pues ha de afectar más que en otras regiones a lo estatal y, sobre todo, a lo social. La realidad parece ir confirmando tal suposición. Pero, a la inversa, esa estrecha interdependencia con autonomía relativa y sin subordinación entre distintos sectores de acción colectiva, sugiere que la dinámica social puede revigorizar a la política. El ejemplo más notorio de ello lo ofrece Brasil, a partir de los «finales de los años 70 cuando emerge el fenómeno del nuevo sindicalismo y, en su camino, el Partido de los Trabajadores»⁹.

⁶A. Touraine: Actores sociales y sistemas políticos en América Latina, PREALC-OIT, Chile, 1987, p. 231.

⁷Ibíd.: p. 38.

⁸Ibíd.: p. 73.

⁹Marco Aurélio García: «PT: ¿socialdemocracia o comunismo?» en Nueva Sociedad N° 114, 1991.

Apunta también en la misma dirección la revitalización de la izquierda uruguaya a partir del accionar pro Derechos Humanos y, en particular, de la iniciativa cívica encarnada entre 1987 y 1989 por la Comisión Nacional Pro Referéndum. Su dinámica, sobre todo en lo comunicacional, se reflejó en la campaña electoral subsiguiente, de resultados de la cual el conjunto de las izquierdas pasaron del 21 al 30% del electorado y el Frente Amplio ganó la intendencia de Montevideo, abriéndose así una etapa nueva en la historia de Uruguay.

Para las izquierdas cada vez más necesitadas de renovación, la radicalización de la democracia - a los más diversos niveles y desde protagonismos plurales - ha sido propuesta como nueva estrategia. Pero ésta apenas si logra abrirse paso, como proyecto globalmente transformador, entre la presión del estatismo y la dispersión de los cuestionamientos sectoriales. Aquí también la articulación entre lo micro y lo macro parece constituir la cuestión decisiva. De la disyuntiva entre el «todo político» y el abandono de la política, entre la asfixia de la sociedad por la hipertrofia de lo político estatal y la parálisis colectiva por el desvanecimiento del espacio de lo público, hay que escapar. Quizás ayude a ello el concebir y el sentir a la política también como síntesis; como comunicación y aun como traducción entre aportes, vivencias y lenguajes muy variados, como la construcción de voluntades colectivas a partir de fragmentos dispersos, como la preocupación por rastrear a todos los niveles brotes de innovación y protagonismos colectivos, para articularlos en proyectos más globales, si bien siempre parciales y provisionales, como la combinación - que no puede ni quiere ser integración completa - de varias dimensiones y componentes de la acción social.

Quizás las especificidades del «modelo latinoamericano» sean parte de la debilidad de la región pero lleguen a ser claves de su fuerza, al revelarse mejor ajustadas que otras a la era de la incertidumbre y del pluralismo radical. En la «caja de sorpresas» que nunca ha dejado de ser América Latina puede que se estén incubando ya algunas grandes y nuevas.

Para una modernización solidaria

Lo que está en juego es el desarrollo. Más precisamente, se trata de saber si es posible construir nuevas estrategias para el desarrollo, capaces de renovar las esperanzas colectivas y conocer éxitos mayores que las diseñadas hace treinta años. El derrotero que sigue el continente lo conduce a la frustración. El neoliberalismo representa la aceptación resignada de la dependencia y, en particular, la renuncia a en-

frentarla en el terreno que cada día es más relevante: el de la innovación científico-técnica-productiva.

La revolución tecnológica en curso - o tercera revolución industrial - entra en resonancia con la crisis global del Estado y se refleja en el acontecimiento histórico central de estos años, el ocaso del socialismo de Estado. No podemos aquí rozar estos temas¹⁰. Pero es evidente que ellos tienen mucho que ver con la caducidad de las estrategias tercermundistas clásicas, como resulta de un conmovedor artículo de Michael Manley titulado «El ilusorio nuevo orden económico internacional»¹¹. La propia problemática del desarrollo casi ha desaparecido de la escena. Pero - una ironía más de la historia, tal vez - ello sucede cuando la revolución tecnológica sugiere un replanteo de las estrategias para el desarrollo, y esboza derroteros nuevos para la industrialización latinoamericana.

Abreviando ya en exceso, anotemos que lo que se ha denominado el «nuevo paradigma técnico-productivo» dibuja perspectivas para estilos de modernización en los que la solidaridad sea clave de la eficiencia. Las nuevas tecnologías, y sobre todo las condiciones sociales de su difusión y aprovechamiento, tienden a cuestionar las relaciones de producción caracterizadas por las jerarquías rígidas, el trabajo masivamente repetitivo, la concentración del conocimiento y de la capacidad para innovar en unos pocos vértices. Lo eficiente se liga crecientemente con la flexibilidad, con la masiva difusión del conocimiento y de la capacidad para cambiar, con el trabajo en equipo y en red, con la cooperación de múltiples actores sociales, con las políticas para la innovación entendidas como nuevas formas del relacionamiento entre lo público y lo privado.

La región enfrenta hoy un desafío mayor que el que le supuso la crisis de los 30. Entonces, con no pocas contradicciones, América Latina se labró un cierto porvenir, ya agotado. Si oscila entre las resistencias nostálgicas y las aceptaciones resignadas, verá cómo se consolidan algunos enclaves dinámicos de una modernización dependiente, cuya nota dominante será empero la decadencia del continente. Una revolución tecnológica siempre supone peligros nuevos y grandes para los países dependientes, pero puede depararle algunas oportunidades también nuevas. Quizás las que al presente se esbozan se den cita, en el contexto del «modelo latinoamericano de acción colectiva», con las polifacéticas dinámicas sociales, siempre vivas a nivel de base en el continente, y con grandes expresiones de la renovación de

¹⁰Los que hemos abordado en Rodrigo Arocena: La crisis del socialismo de Estado y más allá, Ed. Trilce, Montevideo, 1991.

¹¹Publicado en el diario La República, Montevideo, 8/5/1992.

la política. Al subliberalismo se opondrá en tal caso el proyecto de la modernización solidaria de América Latina.

Referencias

- *Anónimo, MAS ALLA DEL DESALIENTO, HAY UN PAIS QUE NACE. - Montevideo, Uruguay. 1991; PT: ¿socialdemocracia o comunismo?
- *Halperín-Donghi, Tulio, HISTORIA CONTEMPORANEA DE AMERICA LATINA. - Madrid, España, Alianza Editorial. 1969;
- *Schumacher, E. F., LO PEQUEÑO ES HERMOSO. p146 - Ed. Hermann Blume. 1978;
- *Sartori, G., TEORIA DE LA DEMOCRACIA 1. EL DEBATE CONTEMPORANEO. p117 - Madrid, España, Alianza Universidad. 1988;
- *Sartori, G., TEORIA DE LA DEMOCRACIA 2. LOS PROBLEMAS CLASICOS. p469 - Madrid, España, Alianza Universidad. 1988;
- *Touraine, A., ACTORES SOCIALES Y SISTEMAS POLITICOS EN AMERICA LATINA. p231, 38, 73 - Chile, PREALC-OIT. 1987;
- *García, Marco Aurélio, NUEVA SOCIEDAD. 114 - Caracas, Venezuela, Nueva Sociedad. 1991;
- *Arocena, Rodrigo, LA CRISIS DEL SOCIALISMO DE ESTADO Y MAS ALLA. - Montevideo, Uruguay, Ed. Trilce. 1991;
- *Anónimo, LA REPUBLICA - PRENSA. 08/05 - Montevideo, Uruguay. 1992;

Este artículo es copia fiel del publicado en la revista Nueva Sociedad N° 121 Septiembre- Octubre de 1992, ISSN: 0251-3552, <www.nuso.org>.